

PAGINA EDITORIAL

El Receso de la Imaginación

Especial para EL MUNDO

Por el Lic. José Vasconcelos.

EL descubrimiento de nuevos valores, la reafirmación de los valores vitales, la creación de valores constructivos, tal o tales suelen ser en cada pueblo de nuestros días, los problemas más interesantes para la vida individual y para la acción colectiva. Yo no sé si ha habido época anterior en que preocupe más el hallazgo de algo que debiera ser para muchos, es tan evidente como la luz del sol o como la profundidad de los cielos. Los antiguos profetas no discutían los valores, los formulaban; los promulgaban sin vacilación, porque los sentían y los vivían; los anunciaban como fruto supremo y certero de una vida vivida desde las raíces del ser. Los valores esenciales son al alma como la savia que en el árbol engendra frutos; los valores son un producto de desarrollo, producto de pasión, producto de visión; cuando se producen vigorosos y sanos casi no es menester definirlos; se producen como el relámpago; nítidos como el decálogo y así definitivos.

Todo esto de andar buscando valores me parece por lo mismo, trabajo enfermizo de una época que no solo no tiene facultad creadora; árboles sin savia los de estas generaciones sebsualizadas, no solo no crea valores sino que no acierta a reconocerlos, duda y discute y cree que se afirma cuando se aventura a negarlos.

El problema de los valores, con cuanta gravedad lo abordan todos los pequeños y todos los grandes hombres, máquina de estos tiempos de ceguera imaginativa. Se diría que intencionalmente cortan o refrenan su propio desarrollo, extirpan sus propios frutos, matan la esencia misma del valor y en seguida dialogan, discurren, producen un caos en que se pierde toda esperanza de encontrar, de enderessar un valor.

Seamos como las plantas, dan ganas de decir enfrente de estos desastres de la mentalidad contemporánea, perdida en definiciones e intentos de definición. En la planta la corriente regulada de las savias va sin esfuerzo del germen a la flor. Y cuando se hace necesario que las corrientes impulsoras de las savias converjan o se bifurquen para rodear un obstáculo, para organizar un esfuerzo, nadie estorba a la tarea poniéndose a deliberar si conviene el rumbo del norte o el rumbo del sur; nadie se pregunta tampoco si vale la pena continuar el esfuerzo o si carece de sentido todo esfuerzo; muy lejos de todo eso y con pureza primitiva pero maravillosa, las corrientes, los lívidos conciertan, coadyuvan y la raíz se margarará como un bello y limpio e inofensivo reptil inmóvil por el costado de la inclemente roca o bien la rama se erguirá altísima y gallarda; de todas maneras el orden está en la ley misma del crecimiento; de todas maneras el fin de la actividad celular, el objeto de la vida vegetal se hallará sin discusiones y sin duda en la realización plena de la planta y en la suerte de esplendor trascendental que hace como nimbo de ventura y de gracia alrededor de todo esfuerzo bien logrado.

Al hombre le ha sido dado mayor suma de facultades utilizables en la tarea de su propio desarrollo y consumación; quizás por este mismo suele hacerse un lío con las facultades y por eso tan a menudo se ciega y equivoca el instrumento tomándolo como fin y se olvida, se desentiende completamente de los fines. Cuando la planta se halla en crisis de crecimiento, instintivamente, o más aun que instintivamente, mas allá del instinto en la síntesis de la acción perfeccionada y serena, la planta pone a contribución todas sus potencias; todos sus jugos y flúidos; todo su mecanismo queda siervo entonces del hábito trascendental que la lleva a florecer, que la lleva a perfumar; que la lleva a esplendor. Sublime esplendor, he allí el fin indiscutible, irreprimible de la planta. En cambio el hombre, el hombre contemporáneo por lo menos a la hora de crisis y el pobre hombre contemporáneo es un sujeto expuesto a diarias crisis en vez de convocar a todas sus potencias para la realización del asalto del triunfo, del esplendor; en vez de obrar en acordes magníficos; en vez de arder como arde el sol; el pobre hombre moderno, inferior a la planta, a la música y al sol, se hace un enredo de sus potencias; se olvida de sus motivos y se dedica a producir filosofías en que la razón, la razón pura, la razón abandonada de otras facultades, se gasta esterilmente en una suerte de ejedrez trascendental. Inteligencia sin imaginación, tal parece ser la norma del hombre moderno; una norma necesaria para el descubrimiento de las leyes físicas, necesaria para la tarea de la época; necesaria para crear la máquina que lig al hombre con los poderes del cosmos y gradualmente nos liberla de ellos; pero norma insuficiente para la integridad de la vida.

Inteligencia sin imaginación si se hiciera la historia del pensamiento humano a base de facultades singulares y predominantes así quedaría definida nuestra época. La época de la inteligencia y al mismo tiempo la época que por eso mismo, por nada más inteligente perdió de vista la noción del conjunto y el último de la energía vital. El problema de los valores es un problema moderno por que es también un problema de mero racionalismo de simple intelectualismo. No existía o casi no existió en la edad media, no tanto porque la edad media fuese dogmática, sino porque la Edad Media fue antes que otra cosa imaginativa. El dogma mismo es como la suma esencia y más vigorosa realidad de una imaginación trascendental. La mayor obra de imaginación de todos los tiempos la Divina Comedia es también la más cercana aproximación a la realidad verdadera, a la realidad trascendental; realidad incorruptible más alta, mejor que todas las realidades positivas. Porque en la Edad Media se vivía con la imaginación, la vida llegó a ser entonces si no tan poderosa como ahora, poderosa en el sentido material, si más completa, más intensa, más dramática, más esplendorosa; más parecida a la planta que halla su fin en su esplendor y también superior a la planta porque sigue un fin que está más allá aun de su esplendor. Por su imaginación hizo la Edad Media el poema más alto de todos los tiempos y la teología más cabal y por la imaginación emocionada estableció parentesco San Francisco con los seres y con los elementos. Esta manera de comprensión, esta manera de unidad, esta manera de perfección se perdió en los laberintos del racionalismo primero y del esirismo después. Para razonar suprimimos la imaginación; para experimentar ponemos freno a la hipótesis y habla entonces el hecho; pero en realidad los hechos no hablan, los hechos no poseen tesis; los hechos solo adquieren valor delante del impulso que los usa delante de la voluntad que pretende organizarlos. Pero como la voluntad empezó por prescindir de la imaginación al internarse en el laberinto de los hechos, ahora olvidada de la imaginación impotente sin la imaginación impotente, sin la imaginación no acierta a salir del caos de los hechos. Los fragmentos hacen olvidar el todo; los valores se multiplican y chocan porque se pierde el sentido del valor supremo que está en la unidad; no es la unidad de los hechos que en sí no tienen unidad, sino la unidad que da la conciencia; unidad que no está en la razón ni en una sola potencia, pero que está más que en otra cualquiera facultad, en la facultad sospechosa para el hombre moderno; la facultad suprema del hombre cabal, de todas las épocas cabales: la imaginación.

Con la imaginación nos acercamos a la divinidad. Y es claro que esto no significa la defensa del fantaseo vulgar, la arbitrariedad y el capricho. Así como la inteligencia solo se manifiesta cabal en un Kant y en un Descartes, también la imaginación, mas aun la imaginación solo se organiza en los grandes inspirados, poetas, profetas, visionarios, iluminados; pero el hecho es que la mayor parte de las perplejidades filosóficas de esta época desorientada dependen del olvido en que ha puesto, en que hemos puesto a la imaginación y a sus hazañas.

Nos hace falta unidad, no podemos seguir adelante sin un esfuerzo de síntesis, claman por dondequiera las pequeñas voces modernas; pero no se acuerdan de poner en juego a la imaginación; apenas si le dan beligerancia como auxiliar del novelista; como si la novela no fuese ya de suyo una suerte de degeneración del poema, porque sustituye la realidad a la fantasía. Todo realismo es descenso y dispersión así como toda actitud imaginativa es organización de la potencia para el milagro de los creaciones con aliento y unidad.

Inteligencia y realidad pero como útiles, como materiales para la obra de la imaginación, he allí un camino para todos los descaminados; he allí una tarea para tantos de estos obreros, ratos que aun en el orden de lo contemplativo padecen desasosiego si no tienen en que emplear los órganos inferiores de los sentidos el tacto, la medida, el arreglo, la proporción. Una tarea; siempre ha sido la tarea sustitutivo pretexto, camino de la unidad. Una tarea para las manos; una doctrina o una serie de problemas para la inteligencia, y para la imaginación su fantasía; la divina fantasía que transporta los hechos y engendra los valores supremos; he allí la clase de la unidad.

J. VASCONCELOS.